

ARTILUGIOS CON EXPLOSIVOS UTILIZADOS POR ETA

▼ **Carta trampa y sujetador**

El 15 de diciembre de 1984, ETA envía una carta en la que detalla el lugar donde ha dejado «ejecutado a un chivato». Contiene un croquis para llegar a un lugar montañoso. Allí dejan abandonado un sujetador junto a unas ramas. Si se tira de él para recogerlo como prueba, hace estallar una bomba.

EL CORREO

▶ **Libro bomba**

Muy utilizado en los años 80 y 90. Se enviaba por mensajería y los explosivos se activaban en el momento de la apertura.

Las trampas mortales de ETA

Sedales, linternas, pancartas, sujetadores... Los agentes de los Tedax han sido los más castigados por emboscadas de la banda terrorista como la que costó la vida a Enrique Martínez hace 30 años

JESÚS J. HERNÁNDEZ



Ayer se cumplieron 30 años. El 18 de marzo de 1989, el etarra Fernando Díez Torres descuelga el teléfono a las diez de la noche y realiza dos llamadas. Una, al cuartel de la Guardia Civil en la localidad catalana de Mongat. Otra, al RAC de Cataluña. Cuenta lo mismo en ambas comunicaciones. Que han abandonado un coche bomba en la carretera que une Llisà de Munt y Granollers y que el propietario de ese vehículo ha sido encerrado en el male-

tero de otro vehículo, un Fiat Uno que han dejado estacionado en la calle Jacint Verdaguer. Era una trampa. Una de las muchas que utilizó ETA con los artillugios más diversos. Con ellos intentaba matar en el mismo lugar del atentado o en sus inmediaciones.

La Guardia Civil acudió a liberar a ese ciudadano que creían encerrado en el maletero, una práctica habitual cuando la banda robaba un vehículo. Un cabo de los Tedax, Enrique Martínez Hernández, fue el primero en

aproximarse. Cuando estaba muy cerca, el vehículo estalló. La onda expansiva le provocó la muerte, que se certificó unos minutos después de la medianoche.

La búsqueda de esas carambolas macabras hizo que con el tiempo surgieran bombas lapa dobles. Una que se podía desactivar de un modo rutinario y otra oculta, pensada para matar al artificio. A partir del 13 de abril de 1984, cuando la banda asesinó a tiros al empresario navarro Jesús Alcocer, los etarras decidieron convertir el vehículo robado que les había servido para huir en un coche bomba trampa. En el caso de Alcocer fue un Renault 18 que abandonaron en el instituto de Ermitagaña. Lo localizaron dos policías, Juan José Visiedo y Tomás Palacín. Cuando se acercaron a examinarlo, explotó en su interior una bomba de 15 kilos de Goma 2 y ambos murieron. Fue activada por una mujer, vestida de monja, que estaba en los alrededores, la etarra Mercedes Galdós. Aquello empezó a ser algo habitual a partir de ese día. La explosión del turismo de la huida era un modo eficaz de eliminar huellas, destruir pruebas y causar más muertes o daños.

El coche bomba era la emboscada más habitual y mortífera pero ETA utilizó a lo largo de su

historia muchas trampas y de lo más diversas. EL CORREO desvela hoy algunas que resultan inéditas. Son imágenes exclusivas ya que estos artillugios no habían visto la luz hasta ahora y han sido conservados por la Guardia Civil en su cuartel de La Salve.

INFORME ANUAL

El Defensor del Pueblo alerta de los cientos de crímenes sin resolver

Ángel Gabilondo presentó ayer su primer informe anual como Defensor del Pueblo y destacó que «los derechos a la verdad y a la justicia de las víctimas de ETA no están completamente satisfechos porque hay centenares de asesinatos sin resolver». El documento insta a los poderes públicos a «ofrecer a las familias toda la información disponible y trabajar para aclarar todos los crímenes no resueltos». Y señala que «el sistema judicial debe facilitar los enjuiciamientos», lo que avalaría el procesamiento de los responsables de la banda por los delitos cometidos bajo su dirección. Gabilondo muestra también su preocupación por «el dolor y humillación que suponen para las víctimas» los «ongí etorris».

Entre ellos, una linterna de petaca, manipulada para cargarla de explosivos, que fue abandonada junto a una torre de Iberdrola atacada y que estaba pensada para los policías que acudieran a inspeccionar la zona. Estos aparatos se convirtieron en algo tan habitual que los agentes les llamaban «cazabobos».

En algunas ocasiones, el engaño estaba mucho más trabajado. El 15 de diciembre de 1984, la Guardia Civil recibió una nota manuscrita con un croquis. «Camino monte Lemona-Belatxikieita como indica el mapa. A 200 metros de pasar el caserío, primera desviación a la izquierda, subiendo unos 20 metros hay una bolsa blanca en un pino. Siguiendo el sendero, a unos 30 metros, hemos dejado ejecutado un chivato en el lugar donde marca el aspa». El dibujo permitía llegar fácilmente hasta el lugar, pero despertó todas las sospechas.

Con un perro adiestrado

El subteniente de los tedax de la Guardia Civil Alfonso Manso recuerda que «desde el primer momento sabíamos que nos encontraríamos algo. Hasta el camino vamos tranquilos, luego cuidado». Les acompañaba un perro adiestrado para detectar explosivos. «Nada más llegar, se acer-



Linterna de petaca
Era uno de los objetos que los etarras dejaban, de forma muy habitual, en los alrededores de los atentados. Son señuelos que estallan al recogerlos.



Cinta de vídeo
Remitida por correo o abandonada en un lugar que deba ser rastreado, contiene explosivos en el interior que estallan al abrir la caja.

DOS CLAVES

LAS LLAMABAN 'CAZABOBOS'
Uno de los objetos más habituales abandonados en el lugar de los atentados eran las linternas de petaca listas para explotar

EN ZONAS DE INSPECCIÓN
Los sedales que activaban bombas costaron la vida a varios desactivadores

có a un árbol y se sentó para señalar el lugar. Lo hizo dos veces». En el suelo, junto a la base del árbol, se veía un sujetador abandonado entre unas ramas. «Soplamos para quitar un poco la hojarasca y encontramos un cable negro que se metía en un tronco muy oscuro. Dentro estaban los dos kilos de explosivos envuel-

tos con cinta negra», recuerda. Si lo hubieran recogido, no habrían podido contarlo.

Uno de los grandes problemas para los Tedax es que nunca saben si el trabajo está completamente terminado. «Un rato después, durante la inspección por los alrededores, apareció un cable que allí un transistor. Estaba manipulado para estallar si le dabas al botón de encendido», cuenta Manso, miembro de la séptima promoción de los Técnicos Especialistas en Desactivación de Artefactos Explosivos. Muestra una foto de aquella quinta que retrata el peligro. Apare-

1975

Tanto la Guardia Civil como la Policía Nacional crearon sus Tedax en ese año. Una veintena han muerto en acto de servicio.

ce Enrique Martínez, el guardia civil que murió en Llíssa de Munt, que fue compañero de su promoción, y no es la única baja. Hay varios heridos graves, uno que perdió un ojo y otro que se quedó prácticamente sordo. En el equipo donde Manso trabajó 15 años, los tedax de Bizkaia, también perdieron a algunos compañeros.

«El taller de la muerte»
«Después de un ataque con granadas siempre actuábamos como si el terreno tuviera trampas, por-

que solía tenerlas», rememora. Era habitual que encontrarán sedales colocados en el suelo que podían costar la vida a quien tropezara con ellos. En 1978 el guardia civil José Antonio Ferreiro murió en Vitoria al pisar uno y su compañero José Luis Veiga sufrió la misma suerte en Alegría en 1984. Cualquier objeto era un peligro en potencia. ETA había demostrado desde los años 80 que esconder una bomba en un libro o una cinta de vídeo era sencillo. Normalmente las enviaba por correo y, otra vez, los dejaba abandonados en zonas de inspección obligada.

La banda utilizó incluso la ikurrina, durante los años en que estuvo ilegalizada por la dictadura, para esconder bombas como la que mató en 1976 al guardia civil Manuel Vergara. Años después, los explosivos se ocultaron detrás de una pancarta con el logotipo de la banda y una diana con un tricorno dentro, como sucedió en Leizta en 2002. Murió Juan Carlos Beiro.

El museo del horror de esta disciplina fue descubierto en 2002 en Serres-Castet, a las afueras de la localidad francesa de Pau. Era un piso franco abandonado por la banda tras un golpe policial en el que impartían cursos para «una nueva generación de bombas». Había explosivos instalados en cualquier parte: en reposacabezas de turismos, en el interior de señales de tráfico, en macetas, en alforjas de bicicleta y en jardineras. Había maletas con tubos de PVC diseñadas para lanzar granadas. Mariano Rajoy, entonces ministro del Interior, lo llamó «el taller de la muerte».

Eran dispositivos tan avanzados que levantaron sospechas. Una de las primeras pistas para la Gendarmería fue la compra reiterada de abundante material tecnológico, como detectores volumétricos. Los artefactos de aquel taller fueron inutilizados antes de que costaran vidas. Con otros, no hubo tanta suerte.

«Mi padre pidió a todos que se pusieran detrás. Es un héroe»

J. J. H.

Mari Nieves tenía tres años cuando una bomba trampa acabó con la vida de su padre, el Tedax Enrique Martínez. «No tengo recuerdos de esos días. Yo creo que fui consciente de todo en el juicio. Allí sus compañeros contaron los detalles. Que sabía que podía ser una trampa. Que les pidió que se pusieran detrás para no arriesgar sus vidas. Yo siempre he pensado que mi padre era un héroe pero entonces lo supe por sus testimonios».

Desde entonces, cuando se acerca el aniversario, la vida pesa. «Recuerdo mucho el asesinato de Blanco, con mi madre delante de la tele todo el día, llorando. Ahí te dices: 'a nosotras nos ha pasado esto'». Su hija le puso palabras a partir de aquel momento. «A mi padre le gustaba formarse y aprender. Y quería salvar vidas. Por eso se hizo Tedax».

Entre aquellos compañeros de promoción está Alfonso Manso, que le recuerda con cariño y cuenta un apodo cariñoso que le puso en la formación que hicieron juntos. Recuerda también aquel día en que, volviendo de una operación policial, escucharon en la radio que había habido un atentado y la cuenta atrás hasta la identificación. «ETA dio muchos detalles del coche, el modelo y la matrícula». Pistas de una posible trampa. Enrique Martínez lo sabía, era consciente de que el peligro era muy elevado. Y decidió acercarse solo.